



**La generación de académicos chilenos salidos a Canadá durante la dictadura:
examen de un caso particular de exilio**

José del Pozo

Profesor asociado, departamento de historia, UQAM (Canadá)

del_pozo.jose@uqam.ca

El exilio chileno fue vivido de distintas maneras, ya fuese por los dirigentes políticos, las mujeres, los niños o las personas de edad. El presente trabajo tiene como objeto central la experiencia de los profesores e investigadores universitarios que dejaron el país como consecuencia del golpe de estado y que lograron retomar su carrera en el exterior.

Este tema ha sido relativamente poco estudiado. Generalmente se le relaciona con el de la fuga de cerebros, fenómeno muy amplio y que, si lo vemos en una escala latinoamericana, comenzó mucho antes de la época de las dictaduras, desde al menos los años 1950. Los estudios al respecto lo han enfocado como parte de un fenómeno migratorio, sin poner énfasis en la relación existente con la situación política. Uno de estos estudios, centrados en el caso de Chile, estipulaba que si bien la gran mayoría de los científicos habían salido del país durante la dictadura, al mismo tiempo señalaba que el 60% de ellos lo habían hecho entre 1984 y 1989, el período menos duro del régimen militar, y sus motivaciones habían sido mucho más de orden profesional que político¹. Es decir, en estos casos estamos más en presencia de un grupo que emigró, y no de exiliados. Otro estudio, sobre el conjunto de Latinoamérica, aportaba datos según los cuales había un nexo entre situaciones de dictadura y salida de profesionales. Tomando en cuenta las salidas de científicos y técnicos hacia Estados Unidos, las cifras indicaban un incremento importante en las salidas desde Chile entre 1970 y 1980, que habían pasado de 1,984 casos a 4,405 entre ambas fechas. Pero la autora no distinguía entre los que habían dejado el país antes y después del golpe, con lo cual la relación entre causa y efecto no quedaba del todo clara. Además, en el caso de Perú durante la misma década, cuando ese país estaba dirigido por militares de

¹ Palacios y Rojas (1996), p.5

tendencia nacionalista, con matices de izquierda, el incremento había sido mucho mayor, pasando de 276 a 4,583 casos, lo cual puede indicar que los que partían lo hacían por motivaciones bien distintas de las de Chile².

La perspectiva de mi estudio es diferente. Ella está centrada específicamente en aquellos académicos que habían apoyado el proyecto socialista de Salvador Allende, cuyas carreras y proyectos de estudio quedaron interrumpidos por efectos del golpe de estado. No debe olvidarse, en efecto, que la instalación de la dictadura militar produjo una represión que afectó gravemente las instituciones superiores, con el cierre durante varios meses de diversos programas y departamentos, especialmente en el área de las ciencias sociales, el despido de numerosos académicos y alumnos, y el nombramiento de militares como rectores de los planteles universitarios. En la Universidad técnica, 192 estudiantes quedaron “suspendidos indefinidamente” de sus estudios³. En la Universidad Católica, donde existía un centro importante de estudios sociales, entre cuyos académicos figuraban varios militantes del MAPU, la represión provocó el despido de cerca de un centenar de personas, entre ellos uno de los testigos entrevistados, Jaime Llambías⁴. En la Universidad de Concepción, centro de estudios identificado con el MIR, que controlaba a la Federación de estudiantes de ese plantel, la represión llevó al despido de muchos estudiantes y académicos, entre los cuales figura uno de los entrevistados, Gerardo Álvarez, y el sociólogo belga Jacques Zylberberg, quien también tomó el camino del exilio hacia Quebec, donde fue profesor en el departamento de ciencia política de la Universidad Laval. El autor conoció de cerca este proceso, ya que varios de los profesores del departamento de historia de la Universidad de Chile, donde hizo sus estudios y donde había comenzado a trabajar poco antes del golpe, se vieron obligados a partir fuera de Chile y uno de ellos pagó con su vida el haberse quedado en el país. Entre los primeros figuró Hernán Ramírez Necochea, conocido historiador y ex decano, fallecido en París, en 1980, sin haber regresado a Chile. Fernando Ortiz, que permaneció en la clandestinidad, fue apresado y asesinado por agentes de la dictadura a fines de 1976. Puede, entonces,

² Pellegrino (2001) p.127

³ *Memorial* (2013)

⁴ Muchos años más tarde, en 2014, las autoridades de ese plantel organizaron una ceremonia de desagravio en homenaje a los afectados por esta política. Información proporcionada por Jaime Llambías durante la entrevista.

hablarse de un exilio que golpeó específicamente a los académicos, considerados por el nuevo régimen como una amenaza.

El exilio: perspectiva histórica y criterios de definición

El exilio ha afectado, a través del tiempo, a muchas personas, a veces en forma individual, en otras en forma colectiva. Es este último el que nos interesa considerar. Algunos analistas, empleando criterios cuantitativos, hacen la distinción entre aquellos casos que implican a individuos o a grupos, que se alejan de un país para huir de la represión dirigida contra una etnia en particular, o por razones políticas. Entre los primeros se puede evocar un caso poco o nada conocido en Chile, el los miles de colonos franceses de la región conocida como Acadia (hoy las provincias atlánticas de Canadá), expulsados en el siglo XVIII por el poder inglés hacia lo que es hoy la Louisiana, en el sur de Estados Unidos, por negarse a jurar fidelidad al monarca que reinaba en Londres. Mucho más conocidos han sido exilios cuya raíz es a la vez religiosa y étnica, como el de los judíos, afectados por los *pogroms* realizados en el imperio ruso a fines del siglo XIX y comienzos del XX y más tarde, en una experiencia aún más dramática, por las persecuciones del nazismo en Alemania. Entre los exilios motivados directamente por razones políticas, los casos más conocidos son la salida de miles de opositores al fascismo en Italia hacia Francia, los *fuoriusciti*, y el exilio causado por la guerra civil española, que llevó a decenas de miles de republicanos a buscar refugio, primero en Francia y luego en países como México, donde llegaron a formar un gobierno republicano en el exilio.

En el caso que estudiamos aquí, se inscribe en esta última categoría. El golpe de estado provocó la salida masiva de los partidarios de la izquierda, que partieron hacia destinos muy variados, tanto a la vecina Argentina como a Europa, América del norte, Australia y otros países, fenómeno sin precedentes en la historia del país⁵. No todos dejaron el país en las mismas condiciones. Hubo un cierto número de personas, generalmente los líderes de los partidos políticos de la izquierda, que fueron expulsados o que salieron de Chile clandestinamente, para salvar su vida, sabiendo que el retorno era imposible, tanto en el plano jurídico como por su seguridad

⁵ La cantidad exacta de exiliados no es fácil de precisar, pero se puede estimar en una cifra cercana a los 250,000 personas. Ver Del Pozo (2006), pp.195-200

personal. En casos extremos, algunos fueron despojados de su condición de chilenos. Otro contingente, cuya cantidad exacta es difícil de establecer, pero que debe haber sido de alrededor de mil personas, fueron sancionados con la letra L en sus pasaportes. Esta medida no acarrea la pérdida de la nacionalidad, pero acarrea la prohibición de entrar a Chile, castigo que se mantuvo durante todo el período de la dictadura. A veces, las personas sancionadas habían salido de Chile sin tener restricciones para un eventual regreso, y recibieron la L más tarde, como castigo a sus actividades de oposición al régimen militar, realizadas en los países donde habitaban. En fin, en otros casos, las personas salieron del país traumatizados por la violencia de lo que acababa de ocurrir, como una manera de escapar a las amenazas dirigidas hacia sus personas o hacia sus parientes o colegas de trabajo, con sus documentos en regla, pero sin haber sido expulsados, en una suerte de autoexilio, con sus documentos en regla, para reconstruir sus vidas luego de haber perdido sus empleos o sus medios de trabajo.

Entre los diversos enfoques sobre el exilio, emplearemos los criterios escogidos por un sociólogo chileno, residente en Suiza. Para él, exilio es

“la *obligación* de dejar su Estado de origen como consecuencia de situaciones de violencia política generalizada o dirigida a grupos sociales específicos, y de buscar refugio en otro Estado durante un período cuya *duración es imprevisible...* (esta situación de violencia política es algo que marca la historia de una sociedad y deja huellas profundas en aquellos designados como blanco principal de la violencia, los cuales se ven *afectados de manera dramática y profunda* en sus existencias personales, familiares y sociales”⁶ (cursivas el autor)

El exilio implica, entonces, una salida forzosa del país de origen, lo que constituye una diferencia esencial con el proceso de emigración, en el cual la persona ha elegido voluntariamente hacer esa experiencia. Además, el exiliado conlleva un peso traumático, al haber sufrido el sentimiento de la derrota del proyecto político que había apoyado. A ello se sumaba, en ciertos casos, el haber sufrido físicamente, en carne propia, los resultados de la violencia política. Estas circunstancias agravan los sentimientos que se experimentan al cambiar de país, que son ciertamente resentidos tanto por el emigrante como el exiliado, pero con una carga emotiva más fuerte en el segundo caso: la pérdida del hogar, de la familia, de todo lo que era agradable y

⁶ Bolzman (2012), p.10

conocido⁷; tener la etiqueta del “otro”, sabiendo que se está condenado a ser extranjero por un tiempo indefinido, y que quizás la muerte llegará sin el exiliado pueda volver a ver a los suyos, que han quedado lejos⁸. Esta última situación está ligada a la idea del retorno, que se transforma a la vez en un mito y en una obsesión, proceso angustioso porque el exiliado no determina la duración de su estadía en el exterior ni controla las posibilidades de volver, contrariamente al emigrante.

El exilio involucra además un complejo proceso identitario, que dos autoras han analizado siguiendo el caso de los chilenos llegados a Francia después del golpe, el cual comportaba diversas etapas. En la primera se caracterizaba por concentrarse en la vida comunitaria, en las actividades de denuncia de la dictadura, en una suerte de “refugio identitario”. Durante este período, el exiliado tiene a rechazar la realidad del nuevo país, idealizando la patria lejana y experimentando sentimientos de culpa por haber partido. La segunda era una etapa de “transculturación”, en la cual los exiliados, sin renunciar a su identidad de origen, comienzan a aceptar cada vez más los códigos de la sociedad de acogida y a participar en ella. En fin, en una tercera etapa, comienza un cuestionamiento del proyecto colectivo inicial, produciéndose una desagregación de las organizaciones comunitarias en función de los orígenes de clase y de los proyectos de retorno⁹.

Estas definiciones nos proporcionan herramientas de análisis, pero que en mi opinión parecen corresponder a un “tipo ideal”, que no siempre se da en la realidad. Creo que se aplica en casos como el del escritor Ariel Dorfman, que al menos durante sus tres primeros años en el exilio, abrumado por el sentimiento de culpa, se dedicó enteramente al trabajo militante, viviendo en condiciones precarias y sin intentar en absoluto retomar la vida académica iniciada en Chile¹⁰. En cambio, y esta es mi hipótesis, en el caso de los académicos chilenos partidos a Canadá, estas características sólo se aplican parcialmente. Si bien en todos se hizo sentir, en mayor o menor medida, el trauma causado por el golpe, los otros elementos citados, tales como la no aceptación de la sociedad de acogida, la tendencia a refugiarse en la vida

⁷ Simpson (1995), p.1

⁸ Vasquez y Araujo (1988), p.9

⁹ Vasquez y Araujo (1988) p.35. Estas autoras distinguen una tercera etapa, la de cuestionamiento del proyecto colectivo inicial, a medida que el exilio se prolongaba.

¹⁰ Ver detalles de este proceso en su libro autobiográfico, *Entre sueños y traidores* (2012). El autor ilustra estos años, vividos en París con su esposa, contando que nunca compraron un colchón nuevo, durmiendo siempre en colchones prestados, con la mente siempre puesta en el retorno (p.72)

comunitaria y la imposibilidad de retornar al país, no están presentes o sólo lo estuvieron en cierta medida, lo que facilitó el proceso de reinserción profesional, que en conjunto, fue bastante exitoso. Esta situación no es privativa de los académicos, ya que muchos otros profesionales o trabajadores en general se adaptaron al nuevo medio, como condición imprescindible para trabajar y rehacer sus vidas. Pero en el caso aquí estudiado me parece lícito afirmar que este proceso se dio con mayor énfasis, por las características propias de la vida del investigador o del profesor universitario: la apertura hacia nuevas ideas, el intercambio intelectual con colegas y estudiantes, el sentido crítico hacia la experiencia chilena. Al pasar una parte considerable del tiempo en labores de investigación y luego de redacción, los académicos se encontraban en una situación comparable a la de los escritores en el exilio, que creaban un espacio virtual, metafórico, el cual reemplazaba el territorio perdido¹¹. Es por ello que la experiencia de los académicos puede ser considerado un caso especial dentro del espectro general del exilio chileno.

El grupo de análisis

La base de mi análisis está constituida por entrevistas efectuadas entre mayo y julio de 2016 a catorce académicos chilenos llegados a Canadá¹². Por fines prácticos, la investigación no abarcó todo el país, limitándose a aquellos que llegaron a la provincia de Quebec, orientando posteriormente sus carreras en ciudades de este mismo lugar o en provincias cercanas, como Ontario y Nuevo Brunswick.

El grupo estudiado presenta características que permiten presentarlo como relativamente homogéneo. Todos pertenecen a una misma generación, nacidos entre 1932 y 1951, educados mayoritariamente en liceos y universidades públicas. En este último nivel, tres estudiaron en la Universidad técnica del Estado (actualmente Universidad de Santiago) siete en la Universidad de Chile, y tres en la Universidad Católica. El testigo restante, Alejandro Rada, tuvo una experiencia singular, ya que hizo todos sus estudios universitarios en Europa.

¹¹ Goldberg, Florinda F., en Roniger et al. (2012), p.289

¹² A fin de no sobrecargar el texto, las referencias a las entrevistas se harán sin indicación de notas al pie de página. En el anexo al final del artículo se encuentran los datos básicos de los entrevistados.

En el momento del golpe, la casi totalidad de los entrevistados tenían alguna experiencia en la enseñanza o la investigación superior, aunque tan sólo en cuatro casos se puede hablar de académicos cuya carrera estaba firmemente establecida, todos los cuales habían hecho un doctorado, en Estados Unidos o Europa. En los otros casos, nueve testigos habían comenzado a enseñar a nivel universitario, aunque sin tener estudios superiores, lo que no era extraño en el Chile de esa época. Muchos de ellos debieron completar su escolaridad después de salir de Chile. En fin, Juan Luis Klein, el más joven de los entrevistados, que apenas había terminado sus estudios en historia y geografía, carecía de experiencia académica. En el momento del golpe, su atención estaba concentrada en las labores de extensión, ya que estaba a cargo de un programa de estudios para trabajadores de una empresa nacionalizada durante Allende. Esto influiría en las estrategias de inserción al llegar a Canadá, como se verá más adelante.

Los testigos presentan también hay características comunes en cuanto a su fecha de salida, ya que casi todos lo hicieron en 1973 y 1974, inmediatamente después del golpe. Además, la gran mayoría fueron afectados directamente por la dictadura. Seis de ellos militaban en partidos políticos de la Unidad popular, mientras que un séptimo declaró haber sido simpatizante del MIR. Los otros dejaron entrever que habían apoyado a la izquierda, sin militar en un partido. Se trata entonces de un grupo que, sin contar en sus filas a dirigentes, habían asumido un compromiso político, lo cual influiría en su decisión de partir. De hecho, cuatro de los testigos sufrieron la experiencia del arresto, torturas o maltratos, y prisión tras el golpe, por períodos que oscilaron entre uno a seis meses. Dos de ellos estuvieron confinados en campos de detención célebres: la isla Dawson y la antigua oficina salitrera Chacabuco. Entre los que no corrieron esa suerte, varios se encontraron cesantes. Amaya Clunes, profesora de teatro en la Universidad de Chile, sintió esa experiencia con especial dureza, ya que le fue prohibido ingresar a la Universidad de Chile y de trabajar en cualquier servicio público. Jacqueline Oxman, socióloga, quedó en una situación semejante, siendo excluída de la enseñanza en todas las universidades. Dos de los entrevistados, temiendo por su seguridad, se asilaron, uno de ellos en la embajada de Canadá y otro en la de Honduras. En fin, Jaime Llambías, que estaba en Estados Unidos en el momento del golpe, prefirió quedarse en ese país, instalándose más tarde en Canadá.

Pese a verse enfrentados a las consecuencias del golpe, no todos decidieron partir inmediatamente. Juan Vera había sido despedido de la UTE, donde había alcanzado a ejercer el cargo de decano de la Facultad de ingeniería, pero había sido contratado como profesor en la Universidad Santa María, donde enseñó durante varios meses durante el año 1974. Lita Villalón había mantenido su trabajo como directora del proyecto de nutrición en el área norte de Santiago, sin ser molestada por las nuevas autoridades. Ambos hubieran podido continuar trabajando, pero se optaron por irse de Chile tras comprobar cómo la represión afectaba a estudiantes y a otras personas con las cuales trabajaban cotidianamente.

En otros dos casos, la decisión de partir fue tomada varios años después. César Gómez, pese a haber estado preso durante seis meses, fue reintegrado a sus funciones de docente en ingeniería química en Punta Arenas, y sólo partió del país en 1981, al ser afectado por el proceso de reorganización de las universidades emprendido por Pinochet. El filósofo Alejandro Rada perdió su cargo de académico en la Universidad católica de Santiago luego del golpe, pero siguió viviendo en Chile durante buena parte de la dictadura, dedicado a administrar una obra social, “Juventudes para el desarrollo”, financiada por aportes económicos venidos desde fuera de Chile. Si se decidió a partir, en 1985, fue por el impacto de la crisis económica que vivía la dictadura.

Al salir del país, la gran mayoría lo hizo en condiciones relativamente normales, con su documentación al día y habiendo sido aceptado como inmigrantes por el gobierno canadiense¹³. Una excepción fue la del sociólogo Martín Mujica, que dejó Chile sin pasaporte, provisto solamente de un salvoconducto. Dos los testigos salieron con prohibición de reingresar al país durante la dictadura. Un tercero no estaba, en principio, sometido a esa condición, pero cuando quiso ingresar por primera vez a Chile desde su salida, en 1987, se enteró de que no podía hacerlo. La mayoría de los entrevistados se dirigieron directamente a Canadá, tras postular a la emigración a través de los circuitos oficiales. Otras personas vivieron circunstancias diferentes. Jacqueline Oxman partió a vivir en Israel, decidiendo irse a Canadá solo un año más

¹³ Este último aspecto debe ser explicado, ya que puede inducir en error. Hasta 1978, Canadá no empleaba la categoría de “refugiado” en su política de inmigración, incluso en los casos de personas que salían por razones políticas. Todos los aceptados eran catalogados como inmigrantes, aunque en los primeros meses después del golpe el proceso de selección se hizo en forma mucho más rápida que de costumbre. Detalles en Del Pozo (2009, p.42, passim)

tarde. Amaya Clunes residió primeramente en Buenos Aires, estableciéndose luego en Hungría, donde vivió durante siete años. Martín Mujica vivió durante tres años y medio en Perú, decidiendo partir a Canadá en 1977. César Gómez partió a Estados Unidos, donde hizo sus estudios de maestría y de doctorado, entre 1981 y 1985. La opción de vivir y trabajar en Canadá surgió al terminar su doctorado.

El proceso de inserción académica

El hecho que el grupo estudiado se haya concentrado en la provincia de Quebec como lugar de entrada a Canadá tiene su importancia para el análisis. En efecto, esta provincia ofrecía ciertas ventajas a los recién llegados. Por una parte, se trataba de un lugar cuyo idioma principal, el francés, y el usado en segundo término, el inglés, eran conocidos para la gran mayoría. En segundo lugar, algunas de sus universidades eran de reciente fundación, lo cual abría mayores posibilidades a los académicos chilenos. Esta situación se dio también en la Universidad de Moncton, en la vecina provincia de Nuevo Brunswick, que acogería a dos de los entrevistados. En tercer lugar –y esto es tal vez el factor más importante- Quebec resultó ser un lugar particularmente acogedor para los chilenos, a causa de la coyuntura de los años 1960/1970. En efecto, en diversos medios intelectuales de esa época existía una corriente política y cultural nacionalista y favorable a las ideas de izquierda, en especial la que provenía de una experiencia basada en acciones democráticas, como la de Chile. Muchos quebequenses y chilenos encontraron un cierto paralelo entre las aspiraciones independentistas de Quebec y el proceso de la Unidad popular, lo que favoreció la inserción social y cultural de los chilenos¹⁴. Hubo numerosas iniciativas de grupos y de personas en favor de los que huían de la dictadura, lo que se tradujo en ayuda material y acompañamiento para la instalación en su lugar de llegada, dando lugar a lazos de amistad que en muchos casos duraron largo tiempo.

¹⁴ Estoy plenamente consciente del hecho que esta parte de mi análisis puede no corresponder a los dos académicos insertados en el medio universitario anglófono de Montreal (Vera y Gómez), pero sí a los que lo hicieron en el medio francófono, que fueron la gran mayoría. Una manifestación de este sentimiento se encuentra en el artículo publicado por Jaime Llambías, uno de los académicos entrevistados, en el diario *Le Devoir* del 10-09-1980, « Après sept ans d'exil, être Chilien au Québec », en el cual el autor expresaba su reconocimiento hacia la sociedad quebequense, diciendo identificarse con muchos de sus valores.

Este factor juega un papel importante cuando se trata de definir el exilio de los chilenos a nivel conceptual. Si para muchos autores exilio equivale a una situación de desarraigo y de pérdida, los testimonios recogidos y mi propia experiencia me indican que las características de Quebec influyeron poderosamente para suavizar esos sentimientos, y hacer que la condición de exiliado fuera no sólo soportable, sino que en ciertos casos el testigo haya negado el haberse sentido en esa condición, con lo cual estamos bastante lejos del esquema propuesto por Vasquez y Araujo, citado anteriormente. Esta idea reaparecerá más tarde en el análisis.

Aunque los académicos chilenos contaron con un cierto capital de simpatía al llegar, esto no se tradujo en una política institucional en su favor. No hubo en ningún momento algo semejante al caso de los chilenos llegados a Gran Bretaña, donde el WUS (World University Service), apoyado por otras instancias, como el grupo ad hoc Academics for Chile, les concedió 900 becas de estudio entre 1974 y 1981, de las cuales 386 fueron para realizar estudios de postgrado¹⁵. Tampoco hubo una situación como la de México, donde el Colegio de México favoreció con becas de postgrado a un buen número de chilenos, y donde la Universidad nacional autónoma (UNAM) abrió sus puertas a varios académicos, tanto chilenos como argentinos y brasileños¹⁶, especialmente aquellos que ya eran conocidos internacionalmente. Además, el gobierno de ese país financió además la “Casa Chile”, organismo que si bien no tenía específicamente una vocación académica, ya que fue concebido para las actividades políticas y solidarias, incluía servicios que favorecían la investigación, como la biblioteca que llegó a contar con 3,000 títulos, y la organización de frecuentes actividades culturales¹⁷. En Francia, ciertas universidades, como la de Vincennes (Paris VIII) y de Nanterre (Paris X) crearon cargos para los exiliados, a fin de procurarles un empleo, al menos temporario, en la condición de *chargé de cours*, política que benefició a los exiliados brasileños y más tarde a los chilenos¹⁸.

En Québec, los testigos no encontraron nada semejante. Entre los que debieron completar sus estudios superiores al llegar, haciendo maestrías y/o doctorados, ninguno recibió un trato especial. Algunos obtuvieron becas de estudio, pero dentro de los programas al alcance de cualquier estudiante. En al menos un caso, ni siquiera

¹⁵ Bayle (2009), pp.5-7

¹⁶ Sobre los académicos brasileños en México, ver Villanueva Velasco (2014)

¹⁷ Rojas Mira en Del Pozo (2006), especialmente pp.112-117

¹⁸ Rodrigues da Silva, Helenice en Galloro (2010), p.197

hubo esa ayuda: Jaime Lara, al emprender sus estudios de maestría en química en la UQAM, se enteró junto a otros estudiantes chilenos de que no podían postular al programa de becas del gobierno provincial, por no haber residido durante al menos tres años en la provincia. Las autoridades universitarias no hicieron nada por cambiar esa situación¹⁹.

Pese a ello, la inserción académica de los chilenos se produjo de manera bastante fluída. Aquellos que disponían de un curriculum suficientemente impresionante antes de llegar fueron rápidamente integrados. Uno de ellos fue Gerardo Álvarez, lingüista y profesor de francés en la Universidad de Concepción, con doctorado en París, que había sido elegido, poco antes del golpe, presidente del Comité latinoamericano de departamentos de francés, en un congreso efectuado en Sao Paulo. Su buena fortuna quiso que el organizador del evento fuese el decano de la Facultad de letras de la Universidad Laval, en Quebec, circunstancia que fue clave para obtener la oferta de un cargo académico antes de partir de Chile²⁰. Julio Fernández, doctorado en Louvain (Bélgica), profesor de educación en la sede de Temuco de la Universidad Católica, aprovechó un contacto establecido antes del golpe con académicos de Montreal para la organización de un congreso, patrocinado por el Instituto canadiense de educación de adultos. Contando con un pasaje aéreo, viajó el 2 de noviembre de 1973 a Montreal, y se quedó después del congreso. Sus contactos le ofrecieron un cargo de profesor a contar de junio del año siguiente, lo que dio inicio a su carrera en el nuevo país. El tercer caso fue el de Juan Vera, decano de la Facultad de ingeniería de la Universidad técnica (hoy Universidad de Santiago), quien gracias a una recomendación de su director de tesis doctoral, hecha en Berkeley, vio abrirse rápidamente las puertas de varias universidades canadienses. Tuvo ofertas de Edmonton y de la Universidad McGill, prefiriendo esta última. En septiembre de 1974 empezó su nueva carrera en Montreal. Martín Mujica, que había hecho una maestría en Lima y había acumulado una experiencia académica en distintas universidades peruanas luego de su salida de Chile, a poco de llegar Montreal, en abril de 1977, ganó un concurso en la Universidad de Moncton, entrando a trabajar en esa institución en septiembre de ese mismo año. En fin, el profesor de filosofía,

¹⁹ Información documentada con carta de las autoridades de la UQAM, fechada en abril de 1977, facilitada al autor por Jaime Lara luego de la entrevista.

²⁰ Álvarez (2014), p.173

Alejandro Rada, llegado a Chicoutimi en 1985, ganó un concurso en la universidad de ese país a comienzos de 1987, tan sólo un año y medio después de su llegada.

En otros dos casos, la inserción pasó primeramente por contratos en institutos de investigación, lo que fue el caso de Lita Villalón, especializada en estudios de nutrición, quien pese a no contar con estudios superiores, fue inmediatamente contratada como investigadora en el Centro de investigación del crecimiento humano en la Universidad de Montreal, institución donde hizo posteriormente la maestría y el doctorado y prosiguió su carrera académica. César Gómez, al llegar a Montreal, en 1985, comenzó rápidamente a trabajar en la Universidad McGill en base a contratos de investigación. Pero a diferencia del caso anterior, nunca buscó transformarse en profesor universitario, permaneciendo durante toda su carrera como investigador asociado en el departamento de química de esa institución.

En los demás casos, la inserción fue algo más lenta, lo que se debió al proceso normal de completar los estudios superiores, que en esa época estaban apenas comenzando en Chile. Para Juan Luis Klein, hacer la maestría y luego el doctorado en la Universidad Laval, en el departamento de geografía, fue además una manera de ganarse la vida, ya que desde el comienzo dispuso de ingresos, primero como ayudante y más tarde con becas de excelencia. En 1979, antes de terminar su doctorado, ganó su primer cargo de profesor en la universidad de Québec en Rimouski, y al año siguiente ganó otro concurso en la Université du Québec en Chicoutimi. Su caso reviste especial interés, ya que siendo el más joven de los entrevistados (llegó a Quebec a la edad de 23), en sus primeros meses no había pensado en hacer una carrera académica: la idea se fue materializando en el camino. Catalina Ferrer sí tenía una cierta experiencia académica en Chile, como profesora de educación en la Universidad de Chile, pero en Quebec debió hacer sus estudios de maestría en la Universidad Laval antes de ganar un concurso en la Universidad de Moncton, en 1979, y así retomar su carrera. El autor pasó por el mismo camino, haciendo la maestría en la UQAM y luego el doctorado en la Universidad de Montreal. Durante sus estudios pudo ganarse la vida enseñando con contratos semestrales (*chargé de cours*) y trabajando en un colegio, hasta concentrarse desde 1982 exclusivamente en la vida académica.

El proceso de producción académica: ¿continuidad o ruptura con el país de origen?

Por su condición, los académicos estaban desde el comienzo en una situación en la que, naturalmente, debían sensibilizarse a la vida cultural del nuevo país, a través del contacto con sus colegas de trabajo y los estudiantes. Por mucho que siguieran sintiendo apego al proyecto político que habían defendido a Chile, y que muchos, sino todos, manifestaran su repudio a la dictadura, no era posible que este sentimiento se tradujera en una negación de la nueva realidad ni menos en una vida de ghetto. Contrariamente al caso de los universitarios españoles exiliados masivamente después de la guerra civil, que lograron crear organizaciones científicas de envergadura²¹ los académicos chilenos en Canadá, menos numerosos, nunca crearon una organización dedicada a los estudios sobre el país de origen, participando en cambio en asociaciones de orden general, ya fuese de estudios latinoamericanos o de otras vocaciones. Eso los llevó a realizar una suerte de síntesis entre su ideario político original y las exigencias del nuevo medio de trabajo. En algunos casos, se puede observar una continuidad bastante clara; en otros, se debe hablar de una adaptación al medio. En fin, en un solo caso se dio un cambio marcado con respecto al pasado.

Entre los testimonios que responden a la primera de estas situaciones figura el de Catalina Ferrer. En Chile, su interés se había volcado hacia un intento de cambiar la escuela, a través de una la educación concebida de manera crítica, siguiendo las ideas de Paulo Freire. En su nuevo medio, en Moncton, a partir de la corriente de educación para los derechos humanos que existía en América latina, desarrolló y experimentó un modelo de educación para los derechos humanos y la ciudadanía, en una perspectiva planetaria, destinado a la educación preescolar, escolar y la formación de profesores. Encontró una gran acogida, trabajando con un equipo que aplicó estos conceptos en las escuelas de la provincia de Nuevo Brunswick y en las provincias vecinas. Jacqueline Oxman, que en Chile había investigado temas relacionados con la pobreza urbana, continuó esta veta, ampliando su trabajo hacia la condición de la mujer, particularmente la de las mujeres indígenas víctimas de violencia. Juan Vera,

²¹ Los científicos españoles crearon en 1939 la Unión de profesores universitarios españoles en el extranjero (UPUEE), con sede en La Habana, que contaba con 73 catedráticos y 142 profesores universitarios. En México, a iniciativa de los médicos españoles, se fundó el Ateneo Ramón Cajal, que fue muy activo durante largo tiempo, entre 1940 y 1975. Datos en Barona, sin fecha

especialista de la petroquímica en Chile, continuó esta temática en McGill. Lita Villalón, que había trabajado en salud pública, especializada en la nutrición de niños subalimentados en el área norte de Santiago, continuó trabajando sobre este campo en Montreal, estudiando las curvas de crecimiento y el estado de la alimentación de los niños de habla francesa.

Uno de los casos más interesantes es el del geógrafo Juan Luis Klein, en el cual se pueden apreciar un doble proceso: el de identificarse con temáticas distintas, como resultado del contacto con el nuevo medio, sin abandonar totalmente sus orientaciones anteriores. La primera gran transformación fue la de orientarse hacia la geografía humana, dejando de lado la geografía física, que era la que acaparaba la disciplina en Chile. El mismo había pensado hacer su maestría sobre un tema de climatología, opción que abandonó bajo la influencia de dos de sus profesores en la universidad Laval, y la lectura de autores como Henri Lefebvre, Manuel Castells y Milton Santos. Concentró su atención en temas relacionados con la ocupación del territorio en la región cercana a Quebec. Pero esta orientación no era una renuncia a sus conceptos de su formación chilena, ya que desde sus inicios como estudiante de maestría, en la Universidad Laval, participó en un grupo de investigación que buscaba aplicar el marxismo a los estudios de esa disciplina en Québec. Aplicó esa línea de investigación al hacer su memoria de maestría y su tesis de doctorado analizando la evolución del territorio de una región de Quebec sobre la base de los conceptos del desarrollo desigual de Samir Amin. Eso le dio un perfil original de investigador, que le ayudó a obtener sus primeros cargos de profesor universitario, en universidades regionales de la provincia de Quebec, como se mencionó anteriormente. Algunos años más tarde experimentó un nuevo cambio, que calificó de “paradigmático”, consagrando su atención al estudio de los movimientos sociales. No era una ruptura con el marxismo, según él, sino una perspectiva diferente, que lo alejaba del “marxismo estructuralista”. Su nuevo enfoque estaba centrado en los actores sociales, en ver cómo podían enfrentar situaciones de crisis en determinadas regiones o en barrios de una ciudad, a través de proyectos de economía social, como las cooperativas. Era al mismo tiempo una manera de ver la geografía que se acercaba mucho a la sociología. Esta veta lo ha llevado a hacer múltiples estudios, a dirigir a numerosos estudiantes graduados y a dirigir actualmente un centro de investigaciones sobre la innovación social en la UQAM.

El autor de este estudio se vio también influido por su nuevo medio. En su labor como profesor, debió habituarse a dar cursos de historia donde el análisis se prolongaba “hasta nuestros días”, concepto extraño en su formación chilena, donde nunca había tenido cursos que se adentraran mucho en el siglo XX. Era como si en Chile todo lo que fuera historia contemporánea perteneciera a la ciencia política o a los periodistas. Como investigador, la mayoría de sus temas se centraron en la problemática que él mismo vivía, especialmente el fenómeno del exilio. Y esto lo llevó a otra transformación, la de especializarse en historia oral, campo que en Chile le era totalmente desconocido²².

En tan sólo un caso se pudo registrar un cambio de temática “brutal”, impuesto por los organismos que subvencionaban las investigaciones. Fue el caso del químico Jaime Lara, que en Chile investigaba procedimientos para la recuperación del cobre y de otros minerales, campo de estudio que trató de continuar en Montreal. Pero al pasar a la etapa de su doctorado en Montreal debió cambiar por investigaciones acerca de la industria petrolera, financiado por el Alberta Research Council. Un segundo cambio sobrevino al encontrar trabajo en el Institut de Génie des matériaux en Boucherville, donde derivó hacia la industria plástica. Finalmente, encontró su veta definitiva en los estudios sobre equipos para la protección de la salud de los trabajadores en medio tóxico, donde trabajó durante veinticinco años.

Los lazos con Chile

En el retrato clásico del exiliado, el desarraigado sueña con mantener su identidad de origen, participando en actividades con otras personas originarias del mismo país, recreando la vida comunitaria. Además, el exiliado está constantemente pensando en volver al país del cual salió en forma involuntaria y forzado por las circunstancias.

En el caso de los académicos, este proceso se dio parcialmente. Algunos de ellos participaron en la vida comunitaria, a veces en forma muy activa. Ello se dio sobre todo en el caso de Jaime Llambías, quien figuró entre los fundadores de la Asociación de chilenos de Montreal, creada en 1974, y de la cual fue uno de sus dirigentes. En ese contexto, participó en numerosas actividades públicas, en contra de la dictadura, lo

²² Creo lícito citar aquí dos de mis estudios, cuyo material de base fue obtenido a través de la historia oral: *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad popular* (Santiago, 1992) y *Les Chiliens au Québec. Réfugiés et immigrants, de 1955 à nos jours* (Montreal, 2009)

que tiempo más tarde le significó vivir una situación difícil durante su primer viaje a Chile, en 1980. Al ingresar al país no tuvo problemas, pero mientras duraba su estadía, dedicada a completar la investigación para su tesis de doctorado, se enteró de que sobre él pesaba una amenaza de expulsión, resultado de una denuncia del cónsul chileno de Montreal, que lo acusaba de “denigrar a Chile” en sus actividades académicas, sugiriendo incluso que se le pusiera la letra L en su pasaporte²³. Tras diversas diligencias, logró anular esa orden, y completar normalmente su estadía. En la ciudad de Quebec, dos de los entrevistados, Gerardo Álvarez y Juan Luis Klein, mantuvieron su militancia política a través de su participación en el grupo Pablo Neruda, fundado también en 1974. Mientras vivía en Hungría, Amaya Clunes dedicó parte de su labor profesional a la vida comunitaria, produciendo un film de dibujos animados titulado “El copihue rojo”, dedicado a mantener vivo el recuerdo de Chile entre los niños de los exiliados.

Otros participaron en forma ocasional, prefiriendo concentrarse en sus estudios, como fue el caso del autor, quien vivió en forma más intensa su etapa comunitaria al final de la dictadura, al ser elegido dirigente de nuevas organizaciones chilenas creadas en Montreal a partir de 1990. En fin, los académicos que se trasladaron a Moncton, Martín Mujica y Catalina Ferrer, se encontraron en una ciudad donde había muy escasos residentes chilenos, lo que hacía imposible la creación de una “vida comunitaria”.

En cuanto a la otra vertiente, la del retorno, las reacciones de los entrevistados fueron muy disímiles. Martín Mujica declaró no haberse nunca planteado esa posibilidad, explicando que para él, por ser hijo de diplomático, había pasado gran parte de su infancia y juventud fuera de Chile, por lo que su traslado a Canadá era como una etapa más en sus experiencias de vida. Alejandro Rada asumió una actitud radical: al salir de Chile cortó casi enteramente sus lazos con el país, limitándose a contactos con su familia, pero sin pensar más en retornar ni en informarse sobre la actualidad política chilena, volcando toda su atención al proceso de integración.

Al otro extremo, algunos declararon haber siempre pensado en esa posibilidad, incluso durante la dictadura. Catalina Ferrer, al ganar su cargo de profesora en Moncton, en 1979, pensó en irse a esa ciudad “por un tiempo” para luego volver a

²³ Del Pozo (2009), p.220

Chile, y Jaime Llambías declaró al respecto “siempre pensé en volver”. Pero por diferentes razones, ya fuesen profesionales o personales, este proyecto no se concretó. En esto, los académicos no se comportaron en forma diferente del resto de los exiliados e inmigrantes chilenos llegados a Montreal, cuya tasa de retornos, aunque siempre difícil de calcular, ha sido más bien baja y no ha estado exenta de fracasos, lo que ha tenido como consecuencia, a veces, de una nueva salida, esta vez definitiva, a Quebec²⁴. Quizás en el caso de los académicos el incentivo del retorno es menor que en otras personas, ya que luego de haber desarrollado toda una carrera en su nuevo país, sus condiciones de vida y de trabajo son difícilmente comparables a las que se pudiera encontrar en Chile. Ello se refleja en la actitud de Julio Fernández, el cual se sintió tan realizado en su carrera académica que declaró “no haberme sentido nunca exiliado”, por lo cual nunca sintió la urgencia de volver. De todos los entrevistados, el único que volvió a vivir y a trabajar al país de origen fue Gerardo Álvarez, después de haber jubilado en la Universidad Laval, en 1994, retornó a su alma mater, en la Universidad de Concepción, donde volvió a enseñar, hasta su retiro definitivo. Desde entonces, se mantiene viviendo parte del año en Chile y otra parte en Quebec.

Si el mítico retorno no se producía, el reencuentro con las raíces podía darse a través de la labor universitaria, concentrando la enseñanza o la investigación en temas relacionados con Chile o con Latinoamérica. Esta vertiente se dio incluso en la etapa de los estudios, como en el caso de Llambías, Oxman y del autor, quienes hicieron sus tesis de doctorado sobre temas chilenos. Lita Villalón y Juan Luis Klein participaron en proyectos de investigación en Nicaragua, durante los años 1980, cuando el país estaba dirigido por el gobierno sandinista. Martín Mujica trabajó durante quince años como voluntario en Desarrollo y Paz²⁵, evaluando proyectos de desarrollo comunitario en los países andinos de Sudamérica, entre ellos Chile y llegando a ser presidente de la directiva nacional de la organización. Julio Fernández también se relacionó con Desarrollo y Paz para canalizar el envío de sumas de dinero a Chile, obtenidas a través de diversas organizaciones, aportes destinados específicamente a centros de educación de adultos y a escuelas de parvularios, estimando que así podía “ser más útil”.

²⁴Ver este tema en la tercera parte de mi libro, Del Pozo (2009), especialmente las páginas 317 a 321.

²⁵ Se trata de un organismo creado por los obispos católicos de Canadá, en 1974, que financia proyectos en Asia, África y Latinoamérica.

Tras el fin de la dictadura, los contactos se han multiplicado, ya que varios académicos han concentrado sus sabáticos para viajar a Chile, establecer o reforzar contactos, hacer investigación y participar en congresos. Uno de los más activos ha sido César Gómez, tal vez porque “me sentía en deuda con Chile”. Desde 1992 trajo alumnos desde Chile a hacer sus estudios de maestría o de doctorado con él. Más tarde, habiendo desarrollado una nueva tecnología para separar partículas del mineral extraído, especialidad atractiva para la industria minera, ha multiplicado sus contactos, especialmente a partir del nuevo milenio, ya que viaja cuatro o cinco veces al año a Chile, dando cursos en diversas universidades, y participando en la creación de un centro de excelencia con las universidades de Concepción y de Santiago. Julio Fernández organizó la venida de grupos de profesores chilenos, de nivel secundario, a seguir programas de perfeccionamiento, y en sus numerosos viajes a Chile ha contribuido a organizar programa de maestría y certificados (“diplomados” en el lenguaje chileno), en la Universidad Alberto Hurtado. Jaime Llambías ha hecho muchas actividades en Chile, estableciendo contactos con Flacso y otras instituciones. Durante seis años dio cursos en la Academia diplomática, analizando el sistema político canadiense. Una de sus principales publicaciones, el estudio de la salud pública, le exigió largas investigaciones en Chile. Jacqueline Oxman desarrolló un proyecto de investigación en conjunto con la Universidad de Talca, obteniendo una subvención en Canadá para financiar un estudio comparativo de la salud de los niños de esa ciudad y los hijos de inmigrantes chilenos en Montreal. Lita Villalón dedicó dos de sus sabáticos a desarrollar investigaciones sobre distintos grupos de la población: en uno de ellos, en 2002 estudió la situación alimentaria de comunidades autóctonas en el norte, invitada por la Universidad de Antofagasta, y la de personas de la tercera edad en el Hospital José Joaquín Aguirre, invitada por la Universidad de Chile. Catalina Ferrer pasó también sabáticos en Chile, divulgando el modelo de educación para los derechos humanos a través de numerosas conferencias, actividad que la llevó también a México y a España. De esta manera, varios académicos han servido como “puente” entre el mundo universitario chileno y el canadiense.

No todos los testigos han tenido experiencias positivas. Dos de ellos viajaron a Chile, ofreciendo sus servicios a distintas instituciones académicas, sin recibir jamás una respuesta concreta. Jaime Lara, otro que tampoco logró materializar proyectos en Chile, piensa que sus colegas “son muy celosos, comparten difícilmente las ideas y

siempre falta dinero”, agregando que “la burocracia es muy pesada”. En fin, Juan Luis Klein sufrió un proceso singular: al término de la dictadura, se preparó para pasar un año entero en Chile, aprovechando un año sabático. Pero sus planes cambiaron cuando ganó un nuevo concurso, esta vez para enseñar en la UQAM, en Montreal. Desde entonces, sólo ha tenido contactos muy esporádicos con Chile, dedicándose enteramente a su labor científica, que ha llegado a encarnar su identidad personal. En efecto, entrevistado en una importante estación de radio de Montreal, declaró “no me siento quebequense, pero tampoco me siento chileno, porque el Chile que yo conocí está muerto”²⁶.

Conclusión

Los académicos chilenos constituyen un segmento particular dentro de la diáspora chilena. No corresponden enteramente al perfil clásico de los exiliados, ya que, si bien en lo personal experimentaron los mismos sentimientos de muchos otros –el dolor, la nostalgia, la soledad, el alejamiento de la familia- en cambio no sufrieron discriminación, exclusión ni penurias materiales, y salvo una excepción, ninguno de ellos optó por el retorno. Su integración fue más rápida y más acabada que las del promedio. Pero su éxito profesional²⁷ no les hizo olvidar su pasado: varios militaron, al menos por algún tiempo, en organizaciones de chilenos, y muchos de ellos mantuvieron un interés por los temas que estudiaban antes de partir y por Chile en general. Gracias a las facilidades logradas con su trabajo, en términos de acceso a la información y a diferentes infraestructuras, muchos de ellos han hecho un aporte a la vida comunitaria chilena, participando en la denuncia de la dictadura. Contribuyeron a dar a conocer Chile y Latinoamérica, en el medio universitario, la opinión pública y la sociedad en general. Además, la mayoría ha desarrollado lazos importantes con Chile, a través de investigaciones, publicaciones o contactos personales, especialmente después de la dictadura, contribuyendo al progreso científico en el país de origen, y preservando así su condición de chilenos.

²⁶ Entrevista en la radio de Radio-Canada, http://ici.radio-canada.ca/emissions/le_21e/2015-2016/chronique.asp?idChronique=376917

²⁷ Juan Vera y Catalina Ferrer culminaron sus carreras con la distinción de profesor emérito y Lita Villalón fue declarada miembro emérito de la asociación nacional de dietetistas de Canadá.

Cuadro 1 Datos básicos de los entrevistados

| <u>Nombre</u> | <u>Especialidad</u> | <u>Año Salida</u> | <u>Año Llegada</u> | <u>Año de inserción*</u> |
|------------------|-----------------------|-------------------|--------------------|--------------------------|
| Gerardo Álvarez | Lingüista(Francés) | 1974 | 1974 | 1974 |
| Alejandro Rada | Filosofía, sociología | 1985 | 1985 | 1987 |
| Jacqueline Oxman | Sociología | 1974 | 1975 | 1999* |
| Juan Vera | Ingeniería química | 1974 | 1974 | 1974 |
| Catalina Ferrer | Educación | 1974 | 1974 | 1978 |
| Martín Mujica | Sociología | 1973 | 1977 | 1977 |
| Julio Fernández | Educación | 1973 | 1973 | 1974 |
| Amaya Clunes | Teatro | 1974 | 1981 | 1983 |
| Jaime Lara | Química | 1974 | 1974 | 1978 |
| José del Pozo | Historia | 1974 | 1974 | 1982* |
| César Gómez | Ingeniería química | 1980 | 1985 | 1985 |
| Lita Villalón | Nutrición | 1974 | 1974 | 1974 |
| Jaime Llambías | Sociología | 1973 | 1974 | 1991* |
| Juan Luis Klein | Geografía | 1974 | 1974 | 1980 |

*el año elegido indica el momento en que el testigo se dedicó plenamente a la vida académica, ya que hubo casos en los que la persona se dedicó anteriormente a trabajar en su profesión, en otras instituciones, a veces enseñando ocasionalmente a nivel universitario.

Bibliografía

Álvarez, Gerardo (2014): *Sur, el zanjón y después... la ficción del recuerdo*. Santiago, Signo editorial

Barona, Josep.L (sin fecha) “¿Una comunidad científica en el exilio?”
www.cehic.es/jpg/barona_exilio%20cientifico.pdf

Bayle, Paola (2009): “Académicos chilenos exiliados en el Reino Unido (1974). Estrategias políticas y académicas de reinserción” www.aacademica.org/000062/1273.pdf

Bolzman, Claudio (2012): “Elementos para una aproximación teórica del exilio”, *Revista andaluza de antropología*, n.3, septiembre, pp,1-17

Del Pozo, José (2009) *Les Chiliens au Québec. Réfugiés et immigrants, de 1955 à nos jours*. Montréal, Boréal.

Del Pozo, José (2006) : *Exiliados, emigrados y retornados. Chilenos en América y Europa, 1973-2004*. Santiago, RIL ediciones.

Dorfman, Ariel (2012) : *Entre sueños y traidores. Un strip-tease del exilio*. Barcelona, Seix Barral.

Galloro, Piero-D. (2010 - sous la direction de) *L'exil des sudaméricains en Europe francophone*. Presses Universitaires de Nancy

Goldberg, Florinda F. (2012): “Only the Fog is real”: Migration and Exile in Latin-american literatura” pp.286-310, en Roniger et al. (2012)

Palacios, Adrián y Flavio Rojas (1996): “De la fuga de cerebros a la recuperación de los mismos. Perfiles sociales de los investigadores chilenos en el exterior” Ponencia congreso de sociología de Bogotá.

Pellegrino, Adela (2001) « Trends in Latin American Skilled Migration : Brain Drain or Brain Exchange? *International Migration*, vol.39, n.5, 111-134

Rodrigues da Silva, Helenice (2010) : « L'expérience d'exil : des intellectuels chiliens et brésiliens en France durant les dictatures militaires » en Galloro (2010)

Rojas Mira, Claudia (2006) : « La Casa de Chile en México,1973-1993” en Del Pozo, José (coordinador), *Exiliados, emigrados y retornados. Chilenos en América y Europa, 1973-2004*. Santiago, Ril editores, pp.107-126.

Roniger, Luis, James N.Green and Pablo Yankelevich (editors, 2012): *Exile and the Politics of Exclusion in the Americas*. Brighton, Sussex Academic Press.

Simpson, John, editor (1995): *The Oxford Dictionary of Exile*. Oxford University Press.

Varios autores (2013): *Memorial de la Universidad técnica del estado y de la Universidad de Santiago*, Santiago, Universidad de Santiago.2013

Vasquez, Ana – Araujo, Ana Maria (1988): *Exils latino-américains-la malédiction d' Ulysse*. Paris, L'Harmattan.

Villanueva Velasco, Mario Antonio (2014): “Brasil. Ámelo o déjelo. El caso del exilio de académicos brasileños en México y sus aportes” Texto presentado a la II jornada de exilios políticos del cono sur.